

# EL TRIUNFO DE SHARPE

BERNARD CORNWELL

# EL TRIUNFO DE SHARPE

La batalla de Assaye, septiembre de 1803

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Triumph*

Diseño de la cubierta: Calderón Estudio

Primera edición: enero de 2020

© Bernard Cornwell, 1998

© de la traducción: Montserrat Batista, 2004

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Publicado por primera vez en castellano por Edhasa en 2004

Diputación, 262, 2ª<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

<https://www.edhasa.es>

ISBN: 978-84-350-6356-2

Depósito legal: B 27117-2019

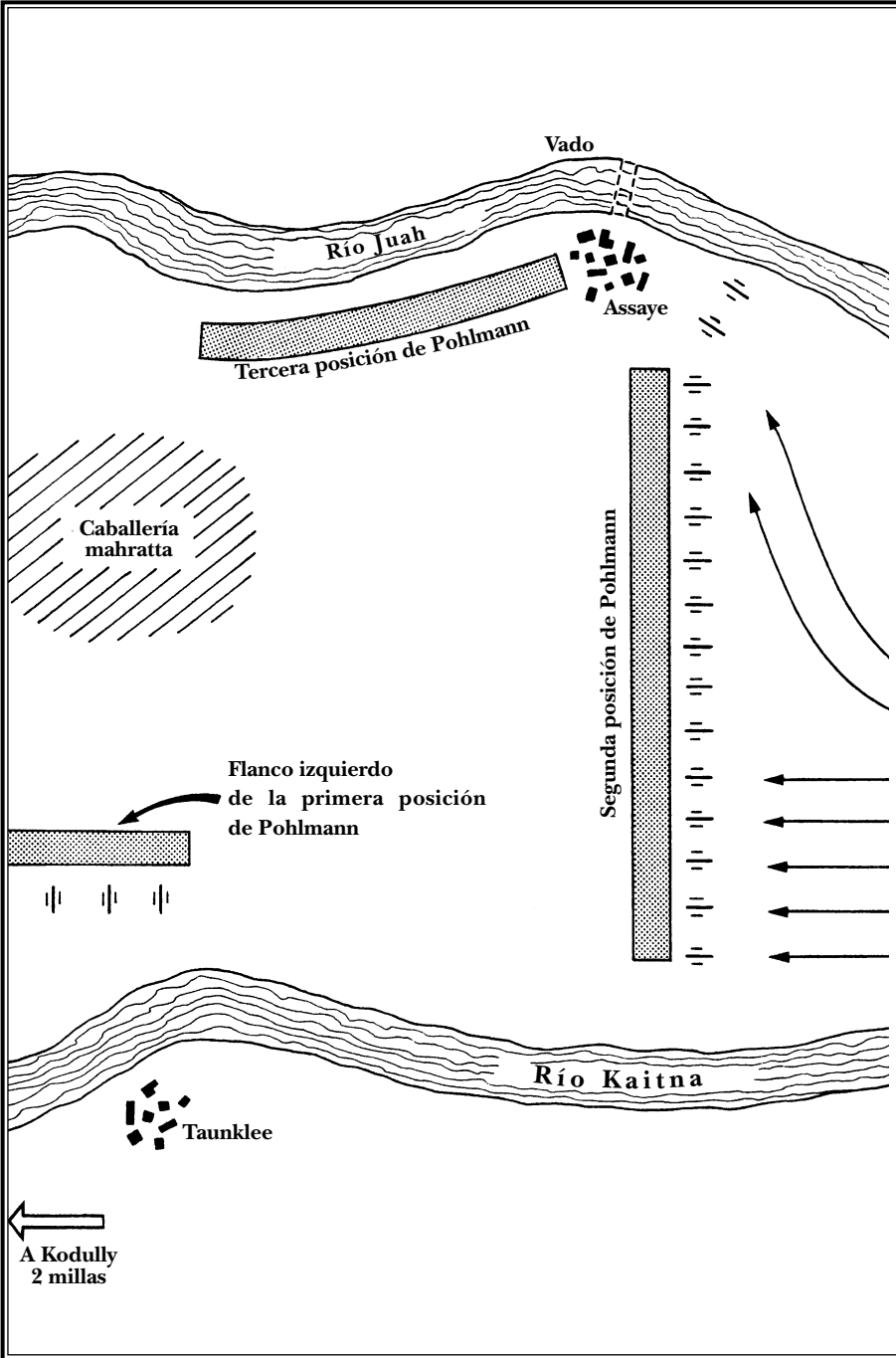
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*,  
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total  
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía  
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella  
mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

Impreso en Black Print CPI

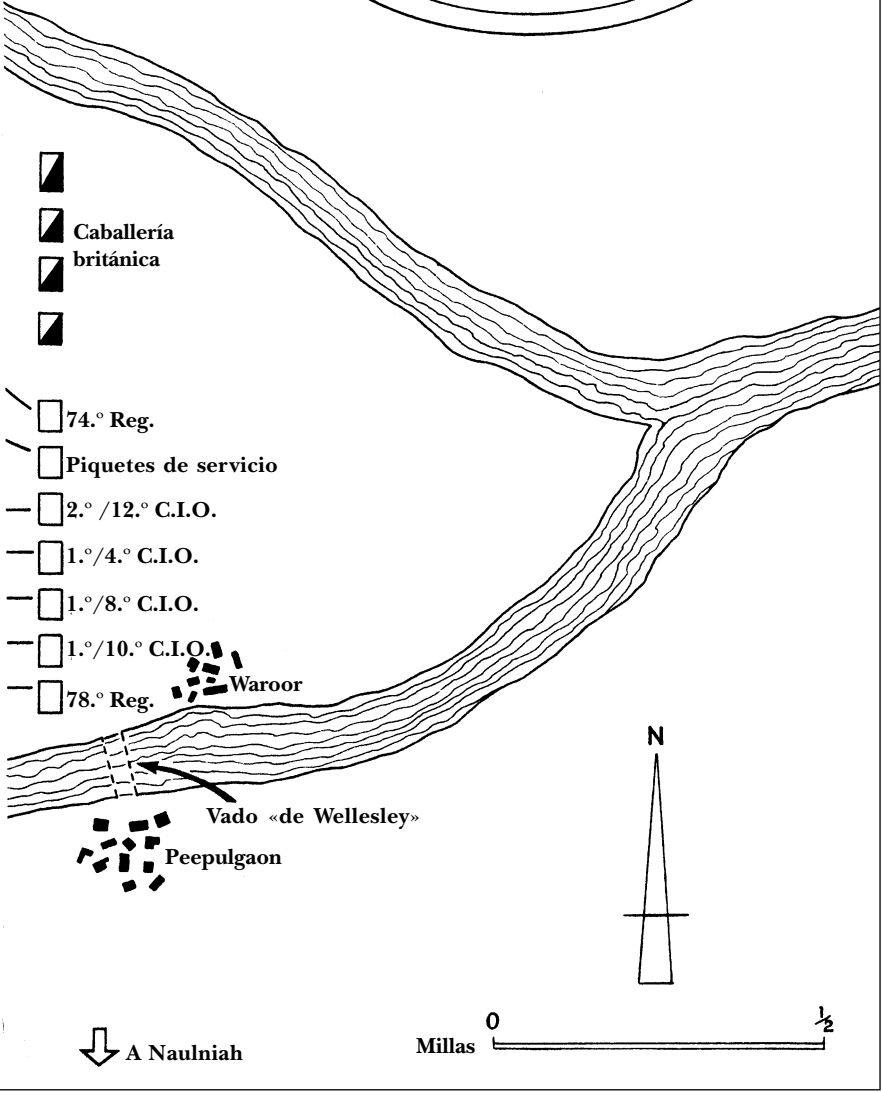
Impreso en España

*Dedico El triunfo de Sharpe a Joel Gardner,  
quien recorrió Ahmednuggur y Assaye conmigo*



# La batalla de **Assaye**

23 de septiembre de 1803



\* Compañía de las Indias Orientales

## CAPÍTULO 1

No fue culpa del sargento Richard Sharpe. Él no estaba al cargo. Era subalterno de al menos una docena de hombres entre los que se incluían un comandante, un capitán, un *subadar* y dos *jemadars*, pero aun así se sentía responsable. Se sentía responsable, enojado, sulfurado, resentido y asustado. La sangre formaba una costra en su rostro por el que se paseaban un millar de moscas. Tenía moscas hasta dentro de la boca abierta.

Pero no osaba moverse.

El aire húmedo apestaba a sangre y al hedor a huevos podridos que producía el humo de la pólvora. Lo último que recordaba haber hecho era lanzar su mochila, su morral y su cartuchera sobre las rojas cenizas de una fogata, y entonces explotó la munición de la caja de cartuchos. Con cada estallido de la pólvora surgió un chorro de chispas y cenizas que se elevó en el aire caliente. Un par de soldados se rieron al verlo. Se detuvieron a observarlo unos segundos, agujonearon los cadáveres más cercanos con sus mosquetes y luego siguieron andando.

Sharpe estaba tendido sin moverse. Una mosca le recorrió el globo ocular y él se obligó a permanecer completamente inmóvil. La sangre le cubría el rostro y había formado un charco en su oído derecho, aunque entonces ya se estaba secando. Parpadeó y temió que aquel pequeño movimiento atrajera la atención de alguno de los asesinos, pero nadie se dio cuenta.

Chasalgaon. Era allí donde se encontraba. Chasalgaon, un miserable fuerte de muros de espino en la frontera de Hyderabad, y como el rajá de Hyderabad era un aliado británico, el

fuerte había sido guarnecido con un centenar de cipayos de la Compañía de las Indias Orientales y cincuenta jinetes mercenarios de Mysore, pero cuando Sharpe llegó la mitad de los cipayos y todos los jinetes habían salido a patrullar.

Sharpe había acudido allí desde Seringapatam al frente de un destacamento de seis soldados rasos y cargado con una bolsa de cuero abarrotada de rupias, y fue recibido por el comandante Crosby, que era quien estaba al mando en Chasalgaon. El comandante resultó ser un hombre regordete, repugnante y de cara colorada a quien no le gustaba el calor y que odiaba Chasalgaon, y se había dejado caer en su silla de lona al tiempo que desdoblaba las órdenes de Sharpe. Las leyó, soltó un gruñido y las volvió a leer.

—¿Por qué diablos lo mandaron a usted? —preguntó al fin.

—No había nadie más a quien mandar, señor.

Crosby miró la orden con el ceño fruncido.

—¿Por qué no a un oficial?

—No había oficiales disponibles, señor.

—Es un trabajo de mucha responsabilidad para un sargento, ¿no le parece?

—No le defraudaré, señor —dijo Sharpe de forma inexpressiva, con la mirada fija en el color cetrino de la lona de la tienda unos pocos centímetros por encima de la cabeza del comandante.

—¡Será mejor que no lo haga, maldita sea! —replicó Crosby, al tiempo que metía las órdenes entre un montón de papeles húmedos que tenía sobre su mesa de campaña—. Además, parece usted puñeteramente joven para ser un sargento.

—Nací tarde, señor —repuso Sharpe. Tenía veintiséis años, o eso creía él, y la mayoría de los sargentos eran mucho mayores.

Crosby imaginó que se estaba burlando de él y levantó la vista para mirar a Sharpe, pero no había ningún atisbo de insolencia en el rostro del sargento. Era un hombre bien parecido, pensó Crosby con amargura. Probablemente, todas las *bibbis* de Seringapatam se despojaban de sus saris y caían rendidas a sus



pies, y Crosby, cuya esposa había muerto por la fiebre hacía diez años y que se consolaba con una prostituta del pueblo que le costaba dos rupias cada jueves por la noche, sintió una punzada de celos.

—¿Y cómo diablos espera llevar la munición a Seringapatam? —preguntó.

—Alquilando carros de bueyes, señor. —Hacía tiempo que Sharpe había perfeccionado la manera de dirigirse a los oficiales poco dispuestos a ayudar. Daba respuestas precisas, no añadía nada innecesario y siempre parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Con qué? ¿Con promesas?

—Con dinero, señor. —Sharpe dio unos golpecitos en su morral, donde llevaba la bolsa llena de rupias.

—¡Dios! ¿Le han confiado dinero?

Sharpe optó por no responder a esa pregunta y se limitó a quedarse mirando la lona sin inmutarse. Chasalgaoon, decidió, no era un lugar agradable. Se trataba de un pequeño fuerte construido sobre un risco por encima de un río que tendría que haber estado desbordando sus orillas, pero el monzón había fallado y la tierra estaba cruelmente seca. El fuerte no tenía zanja, sino simplemente un muro hecho con espinosos cactus que contaba con una docena de plataformas de defensa espaciadas por su perímetro. En el interior del muro había una plaza de armas de tierra batida donde un árbol desnudo servía de asta para la bandera; dicha plaza de armas estaba rodeada por tres barracones de paredes de adobe y tejados de palma, una cocina de campaña, tiendas para los oficiales y un polvorín de paredes de piedra para almacenar la munición del fuerte. Los cipayos estaban allí en compañía de sus familias, por lo que el lugar se hallaba plagado de mujeres y niños, pero Sharpe se había fijado en lo hoscos que eran. Crosby, pensó, era uno de esos oficiales refunfuñones que sólo era feliz cuando todos los de su alrededor sufrían.

—Supongo que espera que me encargue de los carros de bueyes —dijo Crosby con indignación.

–Yo mismo lo haré, señor.

–Habla usted el idioma, ¿no? –se burló Crosby–. Es usted sargento, banquero e intérprete, ¿no es cierto?

–Traje a un intérprete conmigo, señor –replicó Sharpe. Lo cual era decir demasiado, porque Davi Lal tan sólo tenía trece años y era un golfillo sacado de las calles de Seringapatam. Era un chiquillo listo y travieso que Sharpe había encontrado robando en la cocina del arsenal y, después de propinarle al hambriento muchacho una colleja para que aprendiera a respetar la propiedad de su majestad británica, Sharpe se lo había llevado a casa de Lali y le había dado de comer como es debido. Lali habló con el chico y se enteró de que sus padres habían muerto, de que no tenía parientes que él supiera y de que vivía de su ingenio. También estaba lleno de piojos.

–Líbrate de él –le había aconsejado ella a Sharpe, pero él había visto algo de su propia niñez en Davi Lal, por lo que lo había arrastrado hasta el río Cauvery y lo había restregado bien. Después de eso se había convertido en el chico de los recados de Sharpe. Aprendió a blanquear los cinturones con caolín, a lustrar botas y a hablar su propia versión del inglés, que, como provenía de la tropa, tenía tendencia a escandalizar a las personas de más alcurnia.

–Va a necesitar tres carros –dijo Crosby.

–Sí, señor –convino Sharpe–. Gracias, señor. –Sabía exactamente cuántos carros le iban a hacer falta, pero también sabía que era una idiotez hacerse el enterado delante de oficiales como Crosby.

–Encuentre sus malditas carretas –dijo Crosby bruscamente– y, cuando esté listo para cargar, hágamelo saber.

–Muy bien, señor –repuso Sharpe–. Gracias, señor. –Sharpe se puso firmes, dio media vuelta y salió de la tienda para encontrarse con Davi Lal y los seis soldados que esperaban a la sombra de uno de los barracones–. Vamos a comer –les dijo Sharpe–, y esta tarde elegiremos algunas carretas.

–¿Qué hay para comer? –preguntó el soldado Atkins.

–Lo que Davi pueda birlar de la cocina –respondió Sharpe–, pero que sea rápido, ¿de acuerdo? Quiero estar fuera de este maldito lugar mañana por la mañana.

Su trabajo consistía en recoger ochenta mil cartuchos de mosquete de primera calidad que habían sido robados del arsenal de la Compañía de las Indias Orientales en Madrás. Los cartuchos eran de lo mejor que había en la India y los ladrones que los robaron sabían exactamente quién pagaría el precio más alto por la munición. Los principados de la Confederación Mahratta se hallaban constantemente en guerra unos con otros, o bien asaltando los estados vecinos, pero entonces, en el verano de 1803, se enfrentaban a una inminente invasión por parte de las fuerzas británicas. La amenaza de una invasión había llevado a dos de los gobernantes mahrattas más importantes a formar una alianza, que en aquellos momentos reunía a sus contingentes, para repeler a los británicos, y dichos gobernantes habían prometido a los ladrones un dineral en oro por los cartuchos. Sin embargo, uno de los ladrones que había ayudado a entrar en el arsenal de Madrás se había negado a dejar que su hermano se uniera a la banda y participara en el beneficio, por lo que el hermano ofendido había delatado a los ladrones a los espías de la Compañía y, dos semanas más tarde, la caravana que transportaba los cartuchos de un extremo a otro de la India había sido emboscada por los cipayos cerca de Chasalgaoon. Los ladrones habían muerto o huido, y la munición recuperada se había llevado al pequeño polvorín del fuerte para ponerla a buen recaudo. Ahora los ochenta mil cartuchos tenían que ser transportados al arsenal de Seringapatam, a tres días de marcha hacia el sur, desde donde se distribuirían entre las tropas británicas que se estaban preparando para la guerra contra los mahrattas. Una tarea sencilla, y Sharpe, quien había pasado los últimos cuatro años como sargento en el arsenal de Seringapatam, había recibido la responsabilidad.

Sharpe pensaba en el deterioro mientras sus hombres hacían hervir un caldero de agua de río sobre una hoguera hecha con boñigas de buey. Ésa era la clave para los próximos

días, el deterioro. ¿Digamos siete mil cartuchos echados a perder a causa de la humedad? En Seringapatam, nadie lo discutiría y Sharpe creía que podía revender los siete mil cartuchos a Vakil Hussein siempre que, por supuesto, hubiera ochenta mil cartuchos para empezar. De todos modos, el comandante Crosby no había cuestionado dicha cifra, pero justo cuando Sharpe estaba pensando en ello, el comandante Crosby salió de su tienda con un sombrero de tres picos en la cabeza y una espada en el costado.

–¡En pie! –ordenó bruscamente Sharpe a sus muchachos mientras el comandante se dirigía hacia ellos.

–Creí que estaba tratando de encontrar carros de bueyes –le gruñó el comandante a Sharpe.

–Primero la comida, señor.

–Espero que sea su comida y no la nuestra. Aquí no disponemos de raciones para alimentar a las tropas del rey, sargento. –El comandante Crosby estaba al servicio de la Compañía de las Indias Orientales y, aunque vestía una casaca roja al igual que el Ejército del Rey, las dos fuerzas no se podían ni ver.

–Nuestra comida, señor –dijo Sharpe al tiempo que señalaba el caldero en el que hervían el arroz y la carne de cabrito, ambas cosas robadas de los almacenes de Crosby–. La trajimos con nosotros, señor.

Un *havildar* dio un grito desde la puerta del fuerte para llamar la atención de Crosby, pero el comandante hizo caso omiso del aviso.

–Olvidé mencionar una cosa, sargento.

–¿Señor?

Por un momento, Crosby pareció avergonzado, pero entonces recordó que estaba hablando con un simple sargento.

–Algunos de los cartuchos se estropearon. Se humedecieron.

–Lamento oírlo, señor –repuso Sharpe sin reírse.

–Así que tuve que destruirlos –añadió Crosby–. Seis o siete mil, creo recordar.

–Se deterioran, señor –comentó Sharpe–. Ocurre continuamente, señor.

–Así es –dijo Crosby, incapaz de ocultar su alivio ante la facilidad con la que Sharpe había aceptado su historia–, así es. –Entonces se volvió hacia la puerta–. ¿*Havildar*?

–¿Se acercan tropas de la Compañía, *sahib*!

–¿Dónde está el capitán Leonard? ¿No es él el oficial de servicio? –preguntó Crosby.

–Aquí, señor, estoy aquí. –Un capitán alto y desgarbado se apresuró a salir de una tienda, tropezó con uno de los vientos, recuperó su sombrero y luego se dirigió hacia la puerta.

Sharpe corrió para alcanzar a Crosby, quien también había empezado a andar hacia la puerta.

–¿Me dará una nota, señor?

–¿Una nota? ¿Por qué diablos tendría yo que darle una nota?

–Por el deterioro, señor –contestó Sharpe respetuosamente–. Tengo que dar cuentas de los cartuchos, señor.

–Después –dijo Crosby–, después.

–Sí, señor –asintió Sharpe–. Y que te den por el culo, cabrón miserable –añadió, aunque en voz demasiado baja para que Crosby lo oyera.

El capitán Leonard subió como pudo a la plataforma que había junto a la puerta, y allí se le unió Crosby. El comandante se sacó un catalejo del bolsillo trasero y desplegó los tubos. La plataforma daba al pequeño río que debería de haber crecido con las lluvias estacionales hasta convertirse en una riada, pero la ausencia del monzón había dejado únicamente un hilito de agua entre las planas rocas grises. Al otro lado del achicado cauce, en la línea del horizonte tras una arboleda, Crosby divisó las tropas de casaca roja con un oficial europeo montado en un caballo negro al frente, y lo primero que pensó fue que debía de tratarse del capitán Roberts, que volvía de patrulla, pero Roberts tenía un caballo picazo y, además, sólo se había llevado a cincuenta cipayos, mientras que aquel jinete encabezaba una compañía casi dos veces mayor.

–Abran la puerta –ordenó Crosby, y se preguntó quién diablos sería. Decidió que probablemente se trataba del capitán Sullivan, del puesto de la Compañía en Milladar, otro fuerte fronterizo como Chasalgaon, pero ¿qué demonios hacía Sullivan allí? Tal vez estuviera marchando con algunos nuevos reclutas para endurecer a esos bastardos. No es que a esos brutos flacuchos les hiciera falta encallecerse, pero era una descortesía por parte de Sullivan no haber avisado a Crosby de su llegada–. ¡*Jemadar* –gritó Crosby–, que se prepare la guardia!

–¡Sí, *sahib!* –El *jemadar* respondió a la orden. Otros cipayos estaban tirando de las espinosas puertas.

«Querrá comer», pensó Crosby agriamente, y se preguntó qué estarían cocinando sus criados para la comida del mediodía. Cabrito, probablemente, con arroz hervido. Bueno, pues Sullivan tendría que conformarse con esa carne correosa por no haber mandado aviso, e iba listo si pretendía que Crosby les diera de comer también a sus cipayos. Los cocineros de Chasalgaon no esperaban visitas y no habría raciones suficientes para otro centenar de cipayos hambrientos.

–¿Es Sullivan? –le preguntó a Leonard al tiempo que le tendía el catalejo al capitán.

Leonard se quedó mirando durante un buen rato al jinete que se aproximaba.

–No conozco a Sullivan –dijo finalmente–, así que no sabría decirle.

Crosby le arrebató de nuevo el catalejo.

–Salude de mi parte a ese cabrón cuando llegue –le ordenó Crosby a Leonard– y dígame que puede comer conmigo. –Hizo una pausa–. Y usted también –añadió de mala gana.

Crosby regresó a su tienda. Decidió que era mejor dejar que Leonard le diera la bienvenida al forastero, en vez de mostrarse él demasiado impaciente. Maldito fuera Sullivan, pensó, por no haber avisado; aunque había un lado bueno, puesto que tal vez le trajera noticias. Indudablemente, el alto y bien parecido sargento de Seringapatam podía haberle contado a Crosby los últimos rumores de Mysore, pero antes de que Crosby le pidiera

información a un sargento iban a criar pelo las ranas. No obstante, no había duda de que algo estaba cambiando en el exterior, puesto que habían pasado nueve semanas desde la última vez que Crosby vio a un salteador mahratta, y eso era algo decididamente raro. El propósito del fuerte de Chasalgaon era mantener a los jinetes asaltantes mahrattas alejados del rico territorio del rajá de Hyderabad, y Crosby tenía la impresión de haber hecho bien su trabajo, pero aun así encontraba que la ausencia de merodeadores enemigos era extrañamente preocupante. ¿Qué estaban tramando esos cabrones? Tomó asiento tras su mesa y llamó a gritos a su secretario. Él escribiría una nota para el condenado sargento del arsenal explicando que la pérdida de siete mil cartuchos era debida a una gotera en el tejado de piedra del polvorín de Chasalgaon. Estaba claro que no podía admitir que había vendido la munición a un mercader.

–Lo que hizo ese cabrón –les estaba diciendo Sharpe a sus hombres– fue vender la condenada mercancía a algún pagano hijo de puta.

–Es lo que iba a hacer usted, sargento –dijo el soldado Phillips.

–Lo que yo iba a hacer no es de su maldita incumbencia –replicó Sharpe–. ¿No está lista esa comida?

–Cinco minutos –prometió Davi Lal.

–Un maldito camello lo podría hacer más deprisa –rezongó Sharpe, y cogió su mochila y su morral–. Voy a mear.

–Nunca va a ningún sitio sin su maldita mochila –comentó Atkins.

–No quiere que le robes la camisa de recambio –respondió Phillips.

–En esa mochila hay algo más que una camisa. Está escondiendo algo. –Atkins se dio la vuelta–. ¡Eh, Erizo! –Todos llamaban «Erizo» a Davi Lal porque tenía el pelo de punta; no importaba lo graso que estuviera o lo mucho que se lo cortara, siempre lo tenía tieso en rebeldes puntas–. ¿Qué es lo que guarda Sharpy en la mochila?

Davi Lal puso los ojos en blanco.

–¡Piedras preciosas! Oro. Rubíes, diamantes, esmeraldas, zafiros y perlas.

–¡Y una mierda!

Davi Lal se rio y volvió a girarse de cara al caldero. Fuera, junto a la puerta del fuerte, el capitán Leonard estaba dando la bienvenida a los visitantes. La guardia presentó armas cuando el oficial que iba al frente de los cipayos atravesó la puerta a caballo. El visitante devolvió el saludo llevándose la fusta al ala del sombrero de tres picos que, como lo tenía puesto de forma transversal, le ensombrecía el rostro. Se trataba de un hombre alto, extraordinariamente alto, y al llevar los estribos largos daba la impresión de ser demasiado grande para su caballo, que era una bestia deplorable de lomo combado y piel sarnosa, aunque no había nada extraño en eso. Los buenos caballos eran un lujo en la India, y la mayoría de los oficiales de la Compañía montaban jamelgos decrepitos.

–Bienvenido a Chasalgaon, señor –dijo Leonard. No estaba seguro de si debía llamar «señor» al forastero, puesto que el hombre no llevaba ningún distintivo de rango visible en su casaca roja, pero tenía el porte de un oficial de alto rango y reaccionó ante el recibimiento de Leonard con una arrogante despreocupación–. Está usted invitado a comer con nosotros, señor –añadió Leonard apresurándose a seguir al jinete, quien, tras meter la fusta bajo el cinturón, condujo entonces a sus cipayos directamente al campo de armas. Detuvo su caballo bajo el asta de la que colgaba la bandera británica en el aire sin viento, luego esperó a que su compañía de cipayos de casaca roja se dividiera en dos unidades de dos filas cada una que marcharon a ambos lados del mástil. Crosby observaba desde el interior de su tienda. Era una entrada aparatosa, decidió el comandante.

–¡Alto! –gritó el desconocido oficial cuando su compañía estuvo en el mismísimo centro del fuerte. Los cipayos se detuvieron–. ¡Media vuelta hacia el exterior! ¡Descansen armas! ¡Buenos días! –Finalmente bajó la vista hacia el capitán Leonard–. ¿Es usted Crosby?



–No, señor. Soy el capitán Leonard, señor. ¿Y usted, señor?  
–El hombre alto hizo caso omiso de la pregunta. Miró el fuerte Chasalgaon con el ceño fruncido como si no aprobara nada de lo que veía. ¿Qué demonios era eso?, se preguntó Leonard. ¿Una inspección sorpresa?–. ¿Quiere que le dé de beber a su caballo, señor? –se ofreció Leonard.

–A su debido tiempo, capitán, todo a su debido tiempo –respondió el misterioso oficial, luego se giró en su silla y gruñó una orden a su compañía–. ¡Calen las bayonetas! –Los cipayos extrajeron sus hojas de más de cuarenta centímetros y las encajaron en las bocas de sus mosquetes–. Me gustaría ofrecerle un saludo como es debido a un compatriota inglés –le explicó el hombre alto a Leonard–. Usted es inglés, ¿verdad?

–Sí, señor.

–Demasiados condenados escoceses en la compañía –rezongó el hombre alto–. ¿Se ha fijado en eso, Leonard? Demasiados escoceses e irlandeses. Son unos tipos con mucha labia, eso sí, pero no son ingleses. No son ingleses en absoluto. –El visitante desenfundó su espada y respiró hondo–. ¡Compañía! –gritó–. ¡Apunten armas!

Los cipayos se llevaron los mosquetes al hombro y Leonard vio, demasiado tarde, que las armas apuntaban a las tropas de la plaza fuerte.

–¡No! –exclamó, pero no muy fuerte, porque todavía no daba crédito a lo que veía.

–¡Fuego! –gritó el oficial, y el aire de la plaza de armas quedó desgarrado por la doble descarga de disparos de mosquete. Unos fuertes estallidos chasqueantes llenaron de humo el barro agrietado por el sol y lanzaron balas de plomo contra la confiada guarnición.

–¡Ahora, a por ellos! –bramó el alto oficial–. ¡A por ellos! ¡Rápido, rápido, rápido!

Espoleó su caballo, se acercó al capitán Leonard y, casi con indiferencia, le propinó un golpe de espada y dio un fuerte tirón hacia atrás para arrancar la hoja una vez que ésta se hubo hincado en el cuello del capitán, de manera que su

filo atravesó rápida y profundamente los tendones, el músculo y la carne.

–¡Mátenlos! ¡Mátenlos! –gritó el oficial mientras Leonard se desplomaba.

Sacó una pistola de la funda de su silla de montar y galopó hacia las tiendas de los oficiales. Sus soldados proferían gritos de guerra a la vez que se desplegaban por el fortín para atrapar hasta al último de los cipayos de la plaza fuerte de Chasalgaon. Tenían órdenes de dejar a las mujeres y los niños para el final y dar caza primero a los hombres.

Crosby se había quedado mirando horrorizado e incrédulo, y entonces, con las manos temblorosas, empezó a cargar una de sus pistolas, pero de pronto la puerta de su tienda se oscureció y vio que el alto oficial había desmontado de su caballo.

–¿Es usted Crosby? –quiso saber el oficial.

–Sí –logró responder él–. ¿Y quién diablos es usted?

–Dodd –contestó el hombre alto–. Comandante William Dodd, a su servicio. –Y Dodd alzó su enorme pistola para apuntar al rostro de Crosby.

–¡No! –gritó Crosby.

Dodd sonrió.

–Presumo que está rindiéndome el fuerte, ¿no, Crosby?

–¡Maldito sea! –replicó débilmente Crosby.

–Bebe usted demasiado, comandante –dijo Dodd–. Toda la compañía sabe que es un borracho. No opuso demasiada resistencia, ¿no es cierto? –Apretó el gatillo y la cabeza de Crosby salió impelida hacia atrás en medio de una neblina de sangre que salpicó la lona–. Lástima que sea usted inglés –dijo Dodd–. Prefiero dispararle a un escocés. –El comandante moribundo emitió un horrible sonido ahogado y su cuerpo dio unas incontables sacudidas hasta que finalmente quedó inmóvil–. Alabado sea Dios, arriar la bandera y encontrar el arcón de la paga –añadió Dodd para sí mismo. Luego pasó por encima del cadáver del comandante y vio que el cofre de la paga estaba allí donde esperaba encontrarlo, debajo de la cama–. ¡Subadar!

–¿Sahib?

—Que vengan dos hombres para vigilar el arcón de la paga.  
—¡*Sahib!*

El comandante Dodd regresó a toda prisa a la plaza de armas, donde un pequeño grupo de casacas rojas, todos británicos, oponían resistencia, y quiso asegurarse de que sus cipayos se encargaban de ellos, pero un *havildar* se había adelantado a las órdenes de Dodd y se dirigía a la cabeza de un pelotón contra la media docena de soldados.

—¡Claven bien las hojas! —los animó Dodd—. ¡Con fuerza! ¡Retuérzanlas! ¡Así se hace! ¡Cuidado por la izquierda! ¡Por la izquierda!

Su tono de voz era apremiante porque un alto sargento había aparecido de pronto de detrás de la cocina, un hombre blanco con mosquete y bayoneta en las manos, pero uno de los cipayos tenía todavía un mosquete cargado y se giró, apuntó, disparó y Dodd vio otra nube de sangre brillante que centelleó bajo la luz del sol. El sargento había sido alcanzado en la cabeza. Se detuvo, puso cara de sorprendido mientras el mosquete se le resbalaba de las manos y la sangre le corría por el rostro, luego cayó hacia atrás y quedó inerte.

—¡Busquen al resto de estos cabrones! —ordenó Dodd, sabiendo que aún debía de haber una veintena de miembros de la guarnición escondidos en los barracones. Algunos de los soldados habían escapado por encima del muro espinoso, pero los atraparían los jinetes mahrattas, que eran aliados de Dodd y que en aquel momento debían de haberse desplegado a ambos lados del fuerte—. ¡Y busquen bien!

Él se fue a ver los caballos de los oficiales de la plaza fuerte y decidió que uno de ellos era algo mejor que el suyo. Trasladó su silla al mejor equino, lo sacó a la luz del día y lo ató al asta de la bandera. Una mujer pasó junto a él corriendo y gritando mientras huía de los asesinos de casaca roja, pero un cipayo la alcanzó y le puso la zancadilla, y otro le arrancó el sari del hombre. Dodd estaba a punto de ordenarles que dejaran a la mujer, pero consideró que el enemigo estaba ya derrotado, de manera que sus hombres podían disfrutar sin peligro.